

verosimilitud que la de un mecanismo ciego; pero una conjetura fundada en la analogía no le parecía en el tiempo de la madurez de la inteligencia humana, base capaz de sostener una teoría, y consideraba como inaccesible, todo conocimiento real de un origen, siendo, según él, traspasar los límites de nuestras facultades mentales el indagarlo; pero los que aceptan la teoría de las formas sucesivas de la opinión, no están obligados á seguirle hasta allá. El modo positivo de pensar no es necesariamente una negación de lo sobrenatural, contentándose con relegarle al origen de todas las cosas. Si el universo tuvo un principio, ese principio, por las mismas condiciones del caso, fué sobrenatural; pues las leyes de la naturaleza no pueden dar cuenta de su propio origen. El filósofo positivo es libre para formar su opinión sobre este punto, conforme al peso que dé á las analogías llamadas señales de designio, y á las condiciones generales de la especie humana. Ciertamente es que el valor de esas señales es una cuestión para la filosofía positiva pero no es de tal naturaleza que sobre ella deban estar necesariamente de acuerdo los filósofos positivos. Una de las equivocaciones de M. Comte, es no dejar nunca cuestiones abiertas. La filosofía positiva sostiene que en los límites del orden existente del universo, ó más bien, de la parte que nos es conocida, la causa directamente determinativa de cada fenómeno es natural, no sobrenatural. Con este hecho, es compatible creer que el universo fué creado, y aún que está continuamente gobernado por una inteligencia, con tal que admitamos que el gobernador inteligente se adhiere á leyes fijas, que siendo solamente modificadas ó contrariadas por otras leyes de igual dispensación, no son nunca abandonadas caprichosa ó providencialmente. Cualquiera que mira los acontecimientos como partes de un orden constante, siendo cada uno de esos acontecimientos el consiguiente invariable de algún antecedente, condición ó combinación de condiciones, acepta plenamente el modo positivo de pensar, sea que reconozca ó no un antecedente universal cuyo consiguiente fué en el origen todo el sistema de la naturaleza, y sea que ese universal antecedente sea ó no concebido como una inteligencia.

A muy serias reflexiones da lugar el anterior párrafo, pero no siendo por ahora nuestro objeto más que señalar la deshecha anarquía que reina en la escuela positivista, veamos la contestación de Littré, que es en gran manera instructiva pues manifiesta las verdaderas tendencias de la secta moderna:

“En el prefacio que puse al frente de la nueva edición del *Curso de filosofía positiva* de M. Comte, he discutido una cuestión muy análoga. M. H. Spencer hace de lo que llama lo *inconocible* y de lo que yo llamo lo desconocido, el poder supremo cuya manifestación es el universo, opinión que he combatido diciendo que definir así lo *inconocible*, es verdaderamente conocerlo en uno de sus atributos esenciales, lo que implica contradicción, pues entonces ya no es lo *inconocible*. La argumentación de M. Mill no se escapa de una contradicción poco más ó menos del mismo género, que se reduce á esto: pensad lo que queráis de la causa primera, del origen, del antecedente universal; admitid expresamente que esa causa ha creado y gobierna el mundo; con tal que admitáis al mismo tiempo que no se manifiesta nunca en las cosas, no saldéis del modo positivo de filosofar. Pero si esa causa no se manifiesta en las cosas, si las leyes solas se manifiestan allí, está sustraída á toda aperepción humana, é implica que se vea lo que no se

muestra nunca, que se conozca lo que nunca se hace conocer. Hay más; reflérese á las señales de designio para llegar hasta la causa primera; pero las señales de designio perfectamente renovadas en la estructura de los mundos, en el movimiento de los astros, en la apropiación de nuestro planeta, en la organización de los seres vivientes; tales señales de designio, repito, ¿qué otra cosa serían sino actos de intervención incesante de la causa primera? Por consiguiente, si se las admite, se rompe con el principio de la filosofía positiva, que rechaza las intervenciones y no admite más que leyes. Así es que la admisión de un antecedente universal, muestra su incompatibilidad con el modo positivo de filosofar, unas veces haciéndole decir que conoce lo que no conoce, y otras imponiéndole en medio de las leyes la doctrina de la finalidad. El valor de las señales de designio no es en efecto otra cosa que la doctrina de la finalidad. Cada ciencia particular ha convertido esa doctrina en una doctrina positiva conocida bajo el nombre de principio de las condiciones de existencia, principio que destierra todas las intervenciones, y que, encontrado en cada dominio particular de la ciencia, ha venido á ser un principio general de la filosofía positiva. Es el último límite á que el conocimiento puede llegar; si se va más allá, se deja al mismo tiempo la ciencia y la filosofía.

“No debe considerarse el modo positivo de filosofar, como si, tratándose únicamente de las causas segundas, dejase á uno libre para pensar lo que quiera sobre las causas primeras. *No, no deja sobre esto ninguna libertad*; su determinación es precisa, categórica, y le separa radicalmente de las filosofías teológica y metafísica: declara desconocidas las causas primeras. Declararlas desconocidas no es afirmarlas ni negarlas, y esto es, por más que diga M. Mill, dejar la cuestión abierta en la sola medida que lo permite. Notémoslo bien sin embargo, la ausencia de afirmación y la ausencia de negación son indivisibles, y no se puede arbitrariamente rechazar la ausencia de afirmación para adherirse á la ausencia de negación. No sería imposible retorcer los argumentos que con razón ha empleado M. Mill contra M. Comte, acomodando á la satisfacción de nuestras inclinaciones mentales el rigor de la prueba y la objetividad del hecho; ámbos quieren que no se niegue ni se afirme, y á pesar de esto, por pura satisfacción á ciertas miras parciales, se permite afirmar sin negar.

“*No se puede servir á dos señores simultáneamente, lo relativo y lo absoluto, y á lo absoluto servís cuando dais á las cosas un antecedente universal; pero entonces, el modo positivo de filosofar, al que nada puede hacer salir de lo relativo, os abandona y no os considera ya como suyos.* Hacer resolver la cuestión de las causas primeras en un modo de filosofar que en todas partes ha hecho constar experimentalmente su no solución, introducir lo absoluto en un modo de filosofar que no permite más que lo relativo, concebir un conocimiento allí donde ese modo de filosofar pone rigurosamente lo desconocido, es no conciliar, sino yuxtaponer las incompatibilidades. En fin, aquí recuerdo la distinción que he hecho antes entre el origen psicológico y el origen experimental del principio de la relatividad. Psicológicamente, la relatividad del conocimiento humano no contradice la admisión de cierta teología, sin lo que, M. Mill, partidario declarado de esa relatividad, de ninguna manera habria hablado de antecedente universal; pero experimentalmente no deja la vía abierta á nada semejante. Esta observación, que recae

al mismo tiempo sobre el presente litigio y sobre la relacion entre la psicología y la filosofía positiva, muestra una vez más el desacuerdo entre las dos concepciones del mundo y cierra la discusion.

Hé aquí á M. Mill *positivamente* excomulgado por M. Littré, excomunion que no era necesaria cuando el primero se colocó oportunamente fuera del gremio comtista. Por lo demás, el semiateísmo del uno y el ateísmo franco y declarado del otro, manifiestan sin dar lugar á duda, el extremo inevitable á que conduce el método experimental aplicado en los dominios de la filosofía, siendo de advertir que en este punto las conclusiones radicales de Littré tienen un enlace lógico más estrecho con el principio de que parte. Dejando á un lado, empero, esta cuestión, concluirémos haciendo notar que, conocidas las profundas divergencias que sobre puntos capitales separan de Comte á Mill, y despues de las explícitas declaraciones del ultimo, no es posible, sin incurrir en contradicción, el traer á un debate las autoridades incompatibles de ámbos como apoyo de la misma doctrina, lo cual funda la necesidad imperiosa en que están nuestros positivistas de fijar su posicion con toda claridad, puesto que es lógicamente imposible ser al mismo tiempo discípulo de Comte y de Spencer, de Mill y de Littré.

J. M. VIGIL

AUGUSTO COMTE.

NACIÓ este filósofo francés en 1798 en Montpellier, hizo sus estudios en el colegio de esta ciudad y entró en 1814 á la Escuela Politécnica, de donde tuvo que salir á consecuencia de un acto de indisciplina, ántes de haber concluido su curso de dos años. En 1818, cuando vivia dando lecciones de matemáticas, se relacionó con Saint-Simon, cuyas opiniones adoptó desde luego; pero en 1822 se separó del célebre socialista, declarando que su encuentro habia sido para él una desgracia sin compensacion. Este rompimiento, que parece haber tenido origen en disgustos de amor propio, ocasionados por el espíritu de dominacion del maestro y la indocilidad del discípulo, estalló con motivo de la publicacion de un opúsculo de Comte, intitulado: *Sistema de política positiva* (1822), en que el joven reformador enunciaba las leyes de la evolucion social, que á los ojos de sus discípulos, son una de sus más bellas concepciones. No por eso dejó de dar varios artículos al *Productor*, y apremiado por dificultades que habia agravado su matrimonio, trató de abrir en 1826 un curso de filosofía positiva.

REVISTA—2 10

Sus trabajos excesivos, sus debates con los sansimonianos, una especie de manía orgullosa que le hacia reconocer en todas partes como suyas, ideas que se desesperaba al vérselas arrebatarse, determinaron en Comte un primer acceso de enagenacion mental (1826). Pudo, sin embargo, continuar su curso en 1828, y reunió cierto número de discípulos, varios de los cuales se alejaron luego por el carácter despótico de un maestro que les decia: "No concibo asociacion sin el gobierno de alguien." En 1832 fué nombrado pasante, y poco despues examinador de admision en la Escuela Politécnica, donde aspiró en vano á obtener una cátedra, siendo preferido M. Sturm, por lo cual conservó un profundo resentimiento contra Arago, quien no se arrepintió, sin embargo, "de haber preferido, dice, un ilustre geómetra, al concurrente en que no veía títulos matemáticos de ninguna especie, ni grandes ni pequeños."

Comte prosiguió entónces la publicacion de su *Curso de filosofía positiva*, cuyo sexto y último volumen apareció en 1842. La pérdida de su empleo de examinador en la Escuela Politécnica le hundió de nuevo en la penuria, viviendo desde entónces en parte con los subsidios que le suministraban sus discípulos, y que aceptaba como el cumplimiento de un simple deber social. Muy adictos los tenia en Inglaterra y Francia, y entre ellos hombres del mayor mérito como MM. Grote, Mill, de Blainville, Littré y Robin, que no consintieron, sin embargo, en seguirle en su última evolucion. En efecto, desde 1845, Comte, bajo la influencia de algunas perturbaciones nerviosas que hicieron temer la vuelta de su primera enfermedad, y en el ardor de un sentimiento apasionado, se entregó cuando ménos se pensaba á contemplaciones místicas, ofreciendo el singular espectáculo de un hombre que habia cifrado toda su gloria en establecer científicamente que habia desaparecido la era de las religiones para hacer lugar á la de las ciencias positivas, y que ahora no sólo proclamaba la necesidad de un culto, sino que aspiraba á ser su legislador y gran pontífice.

Muchos de los que habian aplaudido al filósofo, se rehusaron á sancionar con su asentimiento las extrañas ilusiones del sacerdote de la humanidad, y la publicacion del *Sistema de política positiva* (1851), que establecia la nueva religion y predicaba el absolutismo, affigió á la mayor parte de sus discípulos, que protestaron en nombre de los principios mismos y "del método objetivo." No por eso le fueron ménos adictos de corazon, y despues de su muerte, acaecida en 1857, no han cesado de manifestarle el más profundo respeto, creyendo todos con M. Littré "que fué iluminado por los rayos del génio, y que merece un gran lugar al lado de los más ilustres cooperadores de esa vasta evolucion que se llevó el pasado y que traerá el porvenir." No es este el lugar de examinar si Comte debe ser contado en el número de los grandes filósofos; preciso es juzgarle por su doctrina, y esa doctrina, como se sabe, es el *positivismo*, que merece ser examinado aparte.—E. CHARLES, rector de la Academia de Clermont-Ferrand.